



DON JOAQUÍN CARRERAS ARTAU

Elogio de un maestro

MIGUEL SIGUÁN SOLER

Catedrático de Psicología, Universidad de Barcelona

Cuando don Joaquín Carreras Artau se enteró de que yo había asumido la responsabilidad de preparar un número de esta revista dedicado a él, me rogó cortés y firmemente que desistiese de mi propósito. Si seguí adelante, a riesgo de herir su proverbial modestia e incluso de poner en peligro una antigua amistad, fue porque estaba seguro de que, al hacerlo, cumplía con un deber estricto, porque es justo y necesario que los que hemos sido y nos sabemos discípulos de don Joaquín Carreras Artau—que, por un precepto legal, abandona su puesto en la enseñanza oficial, aunque no su función docente—demostramos testimonio de la eficacia de su magisterio.

Este volumen no constituye una miscelánea en el sentido consagrado de la palabra. No habría sido difícil, utilizando su prestigio internacional y la extensión de sus amistades, reunir una antología de firmas ilustres en los distintos campos que ha cultivado. Quede para otros esa tarea. Nuestra intención ha sido más modesta, nos hemos limitado a pedir a unos cuantos alumnos suyos, que hoy desempeñan, a su vez, tareas docentes en Institutos de Enseñanza Media o en la Universidad—la doble vertiente de su docencia—que escribiesen algo en honor de su antiguo profesor (1). Sólo nos hemos visto forzados a apartarnos de esta regla en unos contados casos, exigidos por la amistad, y, en primer lugar para acoger unas deliciosas páginas de recuerdos personales del doctor Pericot, compañero y amigo desde la adolescencia. Reducido así el homenaje a un ámbito casi familiar, confío en que nuestro entrañable doctor Carreras no tendrá inconveniente en admitirlo, con la misma buena voluntad con que ha sido preparado.

Y una vez expuestas así mis disculpas, voy a correr otra vez el riesgo de herir su sensibilidad, evocando aquí lo que para nosotros significa su figura. Y, al decir nosotros, quisiera hablar no sólo en nombre de los que firman los artículos de este número, sino de todos los que han pasado por sus aulas.

Para hacerlo, no voy a referirme ni a la notable extensión temática de su enseñanza ni a la importancia de su investigación original, porque lo que en primer lugar evoca en nosotros el nombre de Joaquín Carreras Artau es la figura de una personalidad moral ejemplar y en esta ejemplaridad radica lo más profundo de su magisterio.

La mayor y la mejor parte de su vida la ha pasado don Joaquín tras la mesa de profesor de innumerables aulas—cuarenta y cuatro años en el Instituto, trece años simultaneando la enseñanza media con la Univer-

(1) Lamentamos que la premura del tiempo nos haya impedido contar con algunas colaboraciones muy dignas de esta ocasión.

sidad son muchos años para resistirlos sin desfallecer. Y a lo largo de todos y de cada uno de ellos, don Joaquín ha sido un profesor ejemplar. Basta con haber asistido a uno solo de sus cursos para saber lo que es enseñar honradamente, dignamente y sin cesar y no sólo en la Universidad. Hace cuarenta años sus clases de Filosofía en el Instituto eran enteramente excepcionales en contraste con el tono general que tenía la enseñanza de la filosofía en el bachillerato.

Al lado de su menester docente don Joaquín Carreras ha sido, y esperamos que continuará siendo por muchos años, un investigador importante. La "Historia de la Filosofía Española de los siglos XIII al XV", escrita en colaboración con su hermano Tomás, también Catedrático de nuestra Facultad—libro que habrán de pasar muchas décadas antes de que sea sustituido—y especialmente sus estudios sobre la historia de las ideas en Cataluña: Lluï, Arnau de Vilanova, etc., bastan para darle un puesto distinguido entre los investigadores contemporáneos de la historia de la filosofía. La presidencia de la Sociedad Internacional de Filósofos Medievalistas, que recientemente le ha sido atribuida, ha venido a coronar los largos años de trabajo silencioso al frente de la sección de Historia de la Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en nuestra Ciudad. Pero lo que quiero destacar de su tarea investigadora no es su calidad, que no soy el más indicado para juzgar, sino el estilo que a mí me parece perfectamente homogéneo con sus enseñanzas. Porque también su investigación es esencialmente honrada. Detrás de cada una de las páginas que ha escrito hay más horas de trabajo y más riqueza de ideas de las que el lector a primera vista advierte.

Cuando el trabajo honradamente cumplido alcanza a justificar una existencia, es porque brota de la fidelidad a una vocación. Si yo tuviese que resumir en una palabra la imagen que para mí tengo de don Joaquín, diría que es un hombre fundamentalmente fiel. Fidelidad a una vocación docente y a una tarea investigadora abundantemente probada. Fidelidad también a una tradición espiritual representada en su caso por su doble vinculación a la Universidad de Barcelona y al "Institut d'Estudis Catalans".

Tradición de una escuela con un pasado ilustre cuyo símbolo puede ser otro filósofo—Llorens y Barba—y de la que unos célebres párrafos de Menéndez Pelayo en recuerdo de sus maestros barceloneses, continúan siendo el mejor elogio. Cuando don Marcelino los pronunció en ocasión solemne en nuestra Universidad, Joaquín Carreras Artau era todavía un estudiante, pero estaba destinado a figurar, por derecho propio en esta "Escuela de Barcelona", como eslabón importante en una cadena de fidelidades. Y yo sé que, al llegar a la hora de su jubilación académica, su mayor preocupación es que con él se agote una continuidad. Ojalá entre todos los que hemos pasado por sus aulas consigamos demostrarle que su temor es infundado.

En las frases de Menéndez Pelayo se alude a la modestia ejemplar de los hombres de esta escuela. Si la modestia pudiese ser, además de ejemplar, excesiva, yo diría que éste es el caso de don Joaquín. Su exquisita discreción ha impedido que su figura tuviese la proyección pública que merece.

Y entre todos hemos ayudado a que así ocurriese, pero es hora de decir que así se comete una injusticia. No pretendo con ello reclamar para don Joaquín, popularidad y honores, que no ambiciona, sino de recordar y dar testimonio de que su magisterio honrado, fiel y modesto tiene un valor ejemplar y perdurable. Y ésta es en definitiva la razón que nos ha movido al ofrecerle este número de "CONVIVIAM".